

NUESTRAS ENTREVISTAS

SWEET SIXTEEN es la frase almirada, con que los americanos designan esa edad deliciosa y maga, en que el capullo se abre en flor, el gusano estrena sus alas de mariposa, y la niña rasga el misterio de la mujer...

Edad maravillosa y única, en que la vida nos sonríe con todas sus promesas, abril canta en la enramada, el mundo nos ofrece sus brazos tentadores, el diablo nos lanza sus guiños de irresistible pícaro, y la carne es una lámpara votiva, que arde y trema en el altar mayor de la diosa Fecundidad...

Llegar a esa edad es volver a nacer. Es nacer a la vida de la vida. A la vida engendradora de otras vidas. Es asomarse, misero mor-

lusiones, veinte conmigo a disfrutar de media hora de charla insustancial y loca con la señorita *Dieciseis*.

Es la hija de un abogado de timbre—ya no se estila hoy la campanilla—y político jubilado con muchas cicatrices y cruces... Está terminando la segunda enseñanza en el colegio cosmopolita de la Asunción, y digo cosmopolita, porque en dicho colegio enseñan Madres francesas, italianas, españolas, inglesas y americanas.

¡Benditas Madres Asuncionistas que hacen dar la vuelta al mundo a sus alumnas—culturalmente al menos—aun sin salir de su colegio!

El recibimiento que me dispensan la señorita *Dieciseis* y su señora Mamá es un tanto estirado



Srta. NORA DIOKNO

tal, a las puertas de la inmortalidad. Edad, que es puente hecho de suspiros y de besos, tendiendo sus rampas poderosas entre lo finito y lo infinito...

Por una asociación de ideas, en el aniversario del Nacimiento del Niño Dios, *Excelsior* quiere celebrarlo dignamente, cantando villancicos y agitando panderetas, en loor a esa época maravillosa del segundo nacimiento, por la que todos hemos de pasar... los que aun no la hemos atravesado.

Y si quieres asomarte a ella, lector generoso, volver a vivir la edad magnífica de las primeras

y tieso. Protocolario diría, si se me fuerza. Hasta, si no me equivoco, la linda colegiala que me tiende la mano en lo alto de la escalera, quiebra ligeramente las rodillas, en un gracioso saludo dieciochesco, que me tienta a quebrar el busto, a mi vez, por besar la tibia manecita.

Confieso que nunca me he sentido tan confundido, tan «colegial», ni en mis buenos tiempos de colegio, como en los primeros momentos que me veo sentado frente a esta adorable estampita femenina. sin poder hablar palabra alguna.

Y el motivo principal de mi confusión es no saber de momento cómo dirigirme a ella. Tu-

tearla sería ofender a la mujer. Tratarla de usted equivaldría a romper el encanto de la espontaneidad que buscaba precisamente en una niña de su edad.

Pero, en la duda, acabó por triunfar en mi la espontaneidad de la cortesía al encanto de la espontaneidad; como en ella, y en todas las demás ellas, triunfa y siempre ha triunfado la mujer sobre la niña...

—¿Cuántos años tiene usted?

Nada, soy un caso irremediable. Huyendo del pecado de la descortesía caigo de buenas a primeras en el delito de la indiscreción. Pero la señorita *Dieciseis*, ingenua como el agua, que diría el Poeta, no me da tiempo siquiera de arremetirme de la pregunta, y me contesta:

—Hace sólo un mes que cumplí los dieciseis años. Nací el 14 de noviembre del año en que estalló la guerra mundial. Por eso, en casa todos me llaman...

—¿Guerrera?—otra indiscreción mía y descortesía a la vez, por interrumpirla.

—No tanto. Me llaman simplemente «el alboroto de la casa».

—Es verdad—tercia la madre.—Ya se sabe lo que son las mamás. Para abultar las cosas de sus hijos, ya sean virtudes o defectos, ellas se pintan solas.—Cuando la casa duerme en silencio, es que Nora no está en ella; y cuando se puebla de gritos, es porque ha llegado la «guerra mundial».

La interfecta, lejos de amoscarse, ni de defenderse, deja aún tamañica a su mamá,—que ya es decir, porque la amable señora de Diokno es toda una gran señora—añadiendo:

—Pues un primo mío, que hoy está en América, me llamaba más gráficamente «una ametralladora», porque según él, disparo mil palabras al minuto, y cuando hablo nadie me discute.

—Entonces, haría usted una excelente abogada más.

—Ya hay bastantes abogados en la familia: mi padre, mi hermano mayor y ¡Dios mediante! mi hermana Charing, que está cursando la preparatoria de derecho en la universidad de Sto. Tomás.

—¿Qué carrera le gustaría, pues, cursar?

—Papá quiere tener un doctor en la familia y, está empeñado en que lo sea yo, porque mis hermanos varones les temen hasta a los muertos. A mí no me aterra ningún muerto; pero me causa pavor el número de años que se requieren para terminar la medicina. Yo preferiría cursar la educación o la economía doméstica, algo que pueda terminarse pronto, y permita ganarme la vida enseñada.



DISCOS Y FONOGRAFOS

El Regalo que perdura con los años

OFREZCA a su familia un VERDADERO Regalo de Pascuas. Con la preciosa música de un Fonógrafo ODEON y algunos Discos ODEON escogidos llevará la mayor alegría a su hogar en la mañana de Navidad.

Un escogido surtido de Fonógrafos y Discos Eléctricos está a disposición en los almacenes de nuestros distribuidores.

DISCOS ESPAÑOLES—DISCOS INTERNACIONALES—OBRAS MAESTRAS—DISCOS DE BAILABLES—DISCOS FILIPINOS



BEHN, MEYER & Co., H, MIJ.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

ILOILO—MANILA—CEBU



—En fin, le da lo mismo una cosa que otra, con tal que termine pronto, ¿no?

La mujer no sabe de pronto qué contestar. Quizás porque no la entiendo bien, o acaso por decir la pura verdad, después de pretender ignorarla con vanos rodeos, se refugia en la niña una vez más, corriendo como en sus días infantiles, cuando alguien le hablaba del *manu* o del *asuang*, a los siempre abiertos brazos maternales.

—Yo, la verdad, aun no sé lo que me digo, ni lo que quiero, muchas veces. ¡Yo seré lo que mamá quiera! Ella ya *cuidao*...

Y como para disimular su mal disimulada turbación, añadió:

—En el colegio, tenemos una profesora que siempre nos dice a las que somos poco más o menos de la misma edad: *You are now in an age of in between, 'cause you never know' yet what you really want.*

—Realmente, ¿no sabe usted lo que quiere? Si le preguntaran, por ejemplo ¿qué aguinaldo le gustaría?, ¿no sabría tampoco qué contestarle?

—Ah, eso sí. Para eso ya soy grande y práctica—con retintín esto último.—*I want this*—e hizo una O mayúscula con los dedos.

—Es positivista la niña—subraya la madre.

—¿Para qué lo quiere? Yo veo—paseando los ojos alrededor sobre el lujo y el gusto hermanados que amueblan la casa—que aquí de nada carece, y supongo que tampoco sus padres le privarán...

—Sí, pero con eso puedo comprarme lo que sea más de mi gusto.

—¿No cree ya en los Reyes Magos?

—Creo, ¿cómo que no? Pero creo, porque me conviene. ¿No, mamáita?—guiñándole un ojo a su madre.—Hasta el año pasado, coloqué mis zapatos en la ventana, el día de los Reyes, porque no quise quedarme vacía en la repartición de regalos.

—Pero ¿ya sabe usted quiénes son?

—Claro, pero está ahí mi hermanita que lo va a oír—señalando a la niña que vino a acostarse en el regazo materno, y bajando la voz, añade:—los descubri el año antes.pasado. Yo asistí, con unas amigas, la noche antes, a una fiesta que duró hasta más allá de la medianoche, y casualmente cuando volví a casa era la misma hora en que los «Magos» distribuían sus paquetes de sorpresa...

—¿Fué una desilusión, verdad?

—Nada de eso. Me puso muy contenta, por haber descifrado, por fin, el enigma... *I was so happy, you know.*—Brillan sus ojos, palmeotean sus manos.

—Veo que habla usted el inglés con tanta donosura como el castellano—y es la pura verdad. —¿Cuál de las dos lenguas le gusta más?

—Cada una tiene su distinto empleo. En casa, hablamos el castellano; en el colegio, el inglés. Para discutir y andar de bronca, soltando palabrotas, como *big bum*, etc. etc. entre amigos, prefiero el inglés...

—Y además, cuando quieren ocultarme lo que tramane, porque como yo no entiendo el inglés...

—añada la mamá.

—¡Por Dios, Mamá!—Y luego, como si tal cosa, continúa Nora:—Naturalmente, cuando yo quiero pedirle algo a Papá o a Mamá, o para hacerles un poco de *lañgis*, el castellano es mi fuerte.

—¿Su verdadero nombre es Nora?

—No, Leonor; pero no me gusta que me llamen así, porque me parece demasiado serio para mi carácter alegre y alborotador.

—¿Cuál es su juego favorito?

—De niña, vestir a mis muñecas. En tal deliciosa tarea pasaba horas y horas antes. Ahora, me gusta el *vee golf*.

—Y ¿el baile?

—De eso, no me hable usted. Se supone que aun no bailo, al menos, en reuniones sociales, porque todavía no he llegado a la mayoría de edad. Pero como gustarme, me gusta más que tocar el piano...

* * *

La señorita *Dieciseis* se ha callado. Sentada majestuosamente en un sofá, cabe sus muñecas, su aparadorcito, su lavabo, su cocina, su camita, su máquina de coser, sus dos coches—una berlina y un *runabout*—y demás juguetes, que los criados, los hermanitos, los primos, las tías, la mamá y hasta el papá, con sombrero y todo, acabadito de llegar de la calle, fueron amontonando en su regazo, a ambos lados de ella, a los pies y en derredor suyo, posa como una reinicita rodeada de sus súbditos, delante de la cámara del fotógrafo.

Terminada la operación, invito a su hermana Rosario, la *Valedictorian* y futura abogada, a otra pose, pero ella rehusa:

—Gracias, ya soy vieja para esas cosas...

—Verdad—termina su padre D. Ramón Diokno.—Mi hija mayor ya no quiere estar entre muñecas. ¡Prefiere a los muñecos!

JUANITO.

